

# **Dos caminos en la sociología de la literatura: hacia una definición programática de la sociología de la literatura española**

## **Two roads in the sociology of literature: Towards a programmatic definition of the sociology of Spanish literature**

HÉCTOR ROMERO RAMOS  
Universidad Complutense de Madrid  
hecoramos@hotmail.com

PABLO SANTORO DOMINGO  
Universidad Complutense de Madrid  
pablosan2001@hotmail.com

### **RESUMEN**

La sociología de la literatura constituye una subdisciplina que, a diferencia de otras áreas de indagación sociológica, no ha llegado a establecerse en una posición teórica única y firme. Así, podemos encontrar en ella dos formas de aproximación casi totalmente divergentes. Por un lado, hallamos una aproximación «internalista», centrada en el contenido de las obras y de fuerte impronta teórica e idealista, que busca dentro de los libros un reflejo de la sociedad y sus dinámicas en un momento concreto. Por otro lado, existe un enfoque «externalista», de inclinación empírica, que atiende a las formas sociales de producción y consumo literario, y cuyo ejemplo más significativo está representado en la sociología del campo literario de Pierre Bourdieu y sus discípulos. El presente trabajo, tras repasar algunas aportaciones francesas, anglosajonas y españolas de las últimas dos décadas (Bourdieu, Sapiro, González García, Griswold...) pretende establecer un marco teórico válido para el diseño de un proyecto de investigación de sociología de la literatura española.

**Palabras clave:** sociología de la literatura, Pierre Bourdieu, novela, campo literario, crítica literaria, sociología de la literatura española.

**ABSTRACT**

*In opposition to other areas of sociological inquiry, the sociology of literature has not been able to establish a strong and solid theoretical position as a sub-discipline. Hence two almost completely different approaches exist within it. On the one hand, an «internalist» approach focuses on the content of literary works and is more concerned with theory —implying an idealistic point of view. The internalist approach conceives of the book as a reflection of society in a concrete time period. On the other hand, the «externalist» approach is more concerned with empirical work and focuses on social modes of literary production and consumption. Bourdieu's sociology of the literary field and the works of his followers are representative examples of this second orientation. After reviewing certain French, Anglo-Saxon and Spanish traditions in the sociology of literature during the last two decades (Bourdieu, Sapiro, González García, Griswold, etc.), this article attempts to draw a valid theoretical framework for a future research project about the sociology of Spanish literature.*

**Keywords:** *sociology of literature, Pierre Bourdieu, novel, literary field, literary criticism, sociology of Spanish literature.*

## 1. INTRODUCCIÓN

La sociología científica y la ideología literaria contemporánea comparten, como lúcidamente describió Wolf Lepenies en su importante estudio *Las tres culturas* (Lepenies, 1988), un origen histórico común a finales del siglo XIX. La consumación de la ruptura entre la racionalidad científica y la racionalidad literaria-humanista, que posteriormente autorizaría a C. P. Snow a realizar su influyente diagnóstico sobre la brecha entre las dos culturas (la ciencia y las humanidades), colocó a la sociología en una posición intermedia y llena de ambigüedades, lo que ha condenado a la teoría sociológica a una constante reflexión epistemológica sobre la especificidad del método de las ciencias sociales y sobre el sentido en el cual pueda afirmarse que la sociología construye teorías «científicas». El libro de Lepenies atiende al proceso histórico de fundamentación teórica y de fundación institucional de la sociología en tres países europeos (Gran Bretaña, Francia y Alemania) para mostrar cómo, a lo largo de esa lenta aceptación de las ciencias sociales dentro de la academia, la sociología estableció relaciones de diálogo y también de conflicto con los diferentes campos literarios nacionales, envueltos ellos mismos en una transición finisecular que culminaría en la doble ideología contemporánea del arte (la figura del escritor y el artista como intelectual comprometido —Zola, Sartre— frente a las vanguardias formalistas y el «arte por el arte» —Baudelaire, Duchamp). En las divergentes aproximaciones de los sociólogos y los literatos franceses al caso Dreyfus o en la ruptura del novelista H. G. Wells con la sociedad fabiana y el matrimonio Webb por sus diferentes modos de plantear el acercamiento a la realidad social, Lepenies detecta la latencia de impulsos gemelos pero también enfrentados. Casi como una pareja de siameses forzados a la separación, Lepenies narra la historia de cómo la razón literaria y la razón sociológica se alejan y enfrentan.

Ubicada la sociología —casi definida por ello— en ese espacio de hiato entre ciencia y literatura, le ha resultado difícil desarrollar un modo apropiado de lidiar con la literatura cuando la toma por objeto. A diferencia de otras subdisciplinas con una organización institucional y programática fuerte, como la sociología de la familia o la sociología del trabajo, la sociología de la literatura ha constituido un campo académico con una estructura débil e informe. Wendy Griswold utiliza la metáfora de la ameba para definir la disciplina: careciendo de una estructura firme, ha *fluidido* a pesar de todo en diversas direcciones, tal como una ameba flácida y sin esqueleto se extiende a través de sus pseudópodos. Así, a lo largo de su historia como disciplina, la sociología de la literatura habría «logrado hallazgos brillantes pero aislados [...] pero no se ha organizado alrededor de cuestiones clave o de debates centrales del modo que un verdadero campo de estudio lo hace» (Griswold, 1993: 455).

Un relato histórico de la disciplina habría de situar el origen de la sociología de la literatura en la obra de Lukács, y más concretamente, en la transición desde el impresionismo filosofizante y romántico de la *Teoría de la novela* (1920), obra que el mismo Lukács definiría más tarde como «un producto típico de las ten-

dencias de “las ciencias del espíritu” diltheyanas» (Lukács, 1999: 34), al marxismo científico de textos posteriores como *La novela histórica* (1955) o los ensayos incluidos en *Sociología de la literatura* (1961). Las aportaciones posteriores más relevantes corresponden a pensadores franceses (Goldmann, Escarpit, Bourdieu) y también anglosajones, como Raymond Williams o Howard Becker. En el ámbito anglosajón, la sociología de la literatura vivió durante los años ochenta un acercamiento a los *cultural studies*, las nuevas teorías de comunicación de masas y los estudios feministas, que propulsó las investigaciones sociológicas sobre literatura (incluyendo el estudio de géneros «bajos» y anteriormente denostados por los investigadores como las novelas románticas femeninas o la ciencia ficción<sup>1</sup>).

Y, sin embargo, a pesar de la existencia de este conjunto sustantivo de investigaciones, en ocasiones parecería aún corroborarse la experiencia que refería Leo Lowenthal, uno de los integrantes menos conocidos de la Escuela de Frankfurt, al recordar su sensación de soledad intelectual, su necesidad de recurrir a una formación casi autodidacta, cuando a finales de los años veinte decidió dedicarse al estudio social de la literatura (Lowenthal, 1988: 2). Tres décadas después, Robert Escarpit experimenta una situación similar. Cansado de «hacer discursos sobre los discursos de otros» en su trabajo como profesor de literatura comparada, «quería comprender los mecanismos, pero no conocía a nadie que me pudiera preparar». Incluso su *Sociología de la literatura* fue bautizada así por el editor: «Yo no había hecho sociología en mi vida» (Escarpit, 1992).

¿Persiste aún hoy esta *ausencia de maestros* —fruto de su inexistencia o irrelevancia en el «espacio de los posibles» del campo sociológico— en la disciplina? La extensa bibliografía y la obra de los autores que hemos citado más arriba no nos permite afirmar tal supuesto, pero sí que es cierto que el diagnóstico de Griswold responde a una situación de debilidad institucional de la sociología de la literatura, que en nuestro país se hace aún más acusada. La «delgadez» de la producción de sociología de la literatura en España se corresponde así con su «delgadez» académica: relegada apenas a una asignatura optativa de los últimos cursos de licenciatura y a una presencia testimonial en los departamentos universitarios de Teoría Sociológica, la sociología de la literatura ocupa un lugar casi anecdótico dentro de la sociología española. Las carencias en este respecto se hermanan con las dudas teóricas y programáticas pues, hasta cierto punto, sigue sin existir un acuerdo firme sobre qué es la sociología de la literatura. La definición más evidente (*la rama de la sociología que estudia la determinación social de las obras literarias, así como las interrelaciones entre literatura y sociedad*) permanece en un nivel demasiado amplio y elevado. Tanto en un sentido conceptual como práctico, hace falta aproximarse más claramente a una definición programática: qué debe hacer una sociología de la literatura, cuál debe ser su programa de investigación y qué métodos debe utilizar para ello. Sólo a partir de esta reflexión previa pueden darse

<sup>1</sup> Griswold (1993) recoge una abundante bibliografía de esta rama de la sociología de la literatura británica y estadounidense más cercana al *posmodernismo*.

las condiciones para apuntalar la disciplina, para detectar sus puntos ciegos y también las direcciones en las que esos «seudópodos» deben avanzar para constituirse, finalmente, en un esqueleto, en una estructura.

El presente artículo comenzará efectuando un recorrido por algunas formas en las que se ha construido la sociología de la literatura en el mundo anglosajón y en el entorno francés. Posteriormente, haremos un breve repaso a algunas aportaciones realizadas en nuestro país, para finalizar proponiendo una doble vertiente, un doble camino, que constituye, a nuestro entender, el desarrollo programático implícito y deficientemente formulado de la sociología de la literatura. Por un lado, una aproximación «internalista», centrada en el contenido de las obras y de fuerte impronta teórica e idealista, que aproxima en cierto modo la sociología de la literatura a la sociología del conocimiento o también al establecimiento de un enfoque metateórico vinculado a la historia de las ideas y la cultura. Por otro lado, un enfoque «externalista», de inclinación empírica, que atiende a las formas sociales de producción y consumo literario, y cuyo ejemplo más significativo actualmente está representado en la sociología del campo literario de Pierre Bourdieu y sus discípulos. Concluiremos afirmando que este segundo camino, el más «empírico», se echa en falta, al menos de un modo organizado, en la sociología española y proponiendo, en consecuencia, la necesidad de avanzar en este terreno.

## 2. «ESPEJOS, MARCOS Y DEMONIOS»: LA SOCIOLOGÍA DE LA LITERATURA EN EL ÁMBITO ANGLOSAJÓN

En su número de primavera del año 1988, la revista editada por la Universidad de Chicago *Critical Inquiry*, publicaba un monográfico sobre sociología de la literatura coordinado por Priscilla Parkhurst Ferguson, Philippe Desan y Wendy Griswold<sup>2</sup>. Heterogéneo y aproximativo, el volumen daba cuenta de las diversas y dispares tendencias que caracterizaban un área de investigación incapaz de consolidar un espacio académico propio: artículos de Terry Eagleton, John Sutherland o el estudio de Pierre Bourdieu sobre Flaubert, muestran un recorrido que va desde las aproximaciones más teóricas y generales en el ámbito de la sociología de la cultura, hasta trabajos empíricos sobre historia editorial, pasando por análisis «clásicos» sobre cómo la obra de un literato representa (refleja) la realidad social de su tiempo. En la introducción, titulada «Espejos, marcos y demonios: reflexiones

---

<sup>2</sup> *Critical Inquiry*, vol. 14, núm. 3, primavera, 1988. Apenas un año después se editaría como libro bajo el título *Literature and Social Practice*, University of Chicago Journals (mayo 30, 1989), sumando seis artículos nuevos a los diez que contenía el monográfico original. Entre las nuevas colaboraciones destaca un artículo de Leo Lowenthal «Sociology of literature in retrospect», acompañado por una respuesta de Lewis A. Coser, y dos artículos en torno al concepto de «campo literario»: «Literary field and classes of texts» de Jaques Dubois y Pascal Durand, y «Kafka's place in the literary field». De los tres compiladores sólo Griswold es socióloga, y un tercio de las colaboraciones corresponden a autores franceses.

sobre la sociología de la literatura», los editores ofrecían una visión panorámica de las tensiones que habían caracterizado el desarrollo de la disciplina, la herencia de que proviene y apuntaban vagamente las direcciones que la sociología de la literatura podía tomar en su intento por acomodarse académicamente. Tan sólo cinco años después, Wendy Griswold, en el artículo ya citado «Recent Moves in the Sociology of Literature», hacía un ejercicio similar y, sin embargo, las «nuevas direcciones» que ofrecía distan considerablemente de las señaladas en aquella primera aproximación. Un breve recorrido entre ambos textos nos puede ayudar a reconstruir, bien sea esquemáticamente, algunos momentos críticos en el desarrollo de la sociología de la literatura en Gran Bretaña y Estados Unidos.

Los focos de tensión que habían determinado el desarrollo de la sociología de la literatura y, en opinión de Griswold, aún la subyacían, son fundamentalmente dos: por un lado, la tensión (expuesta de un modo poco convincente) entre la clásica crítica literaria y el enfoque estrictamente sociológico. Mientras desde la crítica se tiende a una valoración estética de la obra, prestando atención a los libros y textos en sí mismos así como a la figura del escritor y el lector, desde una perspectiva sociológica (y marcadamente economicista) el objeto de estudio son las instituciones literarias, los canales de producción y distribución de las obras y sus pautas de consumo como cualquier otro objeto cultural. Aunque no lo citan, un ejemplo paradigmático de este tipo de enfoque lo representa el libro de Coser, Kadushin and Powell *Books. The culture and commerce of publishing* (1982), donde se analiza el desarrollo histórico y las transformaciones de la industria del libro (*publishing worlds*), la estructura del mercado editorial y el papel de la crítica (y particularmente de la crítica literaria en prensa, atendiendo a casos concretos como el del *New York Times* o la emblemática *The New York Review of Books*). El segundo foco principal de tensión se encuentra entre aquellas propuestas de inclinación teórica y los análisis de mayor carácter empírico. Para Griswold y compañía esta distinción queda asimismo representada por distintas culturas y estructuras académicas: la «sociología europea» sería así más proclive a la dimensión teórica, vinculada a una indisoluble pátina humanística que favorece el enfoque interdisciplinar necesario, a su juicio, para desarrollar una correcta sociología de la literatura. Por el contrario, la sociología norteamericana, lastrada por el complejo de inferioridad de la sociología de la cultura como sociología cualitativa, produce más trabajos empíricos.

Pero *Books* no fue la primera incursión de Lewis Coser en el ámbito de las relaciones entre sociología y literatura. En 1963 salía a la luz *Sociology through literature*, un libro que el propio Coser calificaba de «experimental» y que estaba teñido de cierta vocación pedagógica. Se trata de una defensa de la utilidad del material literario para estimular y enriquecer el trabajo del sociólogo, reivindicando precisamente la ineludible dimensión humanística de la sociología<sup>3</sup>: «Este

---

<sup>3</sup> Dice Coser, «Las grandes tradiciones de la sociología son humanísticas. La vocación de la sociología es contribuir a la auto-interpretación del hombre [...] Ningún aspecto de lo humano le debe ser ajeno al científico social.» (Coser, 1963: 2-3).

libro (dice Coser en la introducción) no pretende ser una contribución a la sociología de la literatura. La sociología de la literatura es un área de estudio especializada que centra su atención en las relaciones entre una obra de arte, su público y la estructura social en que ha sido producida y recibida. Trata de explicar la emergencia de una particular obra de arte en un contexto social concreto, y los modos en que la imaginación y creatividad de un escritor es determinada por tradiciones culturales y relaciones sociales. Lo que pretendo aquí es utilizar las obras literarias para comprender la sociedad, más que echar luz sobre un producto artístico a partir de un análisis de la sociedad en que ha sido creado.» (Coser, 1963: 4) El libro está estructurado de acuerdo a grandes bloques temáticos, a la manera de epígrafes propios de un manual de sociología general donde cada tema viniera desarrollado por pasajes de una novela, poemas o relatos breves. Así, el tema dedicado a «cultura» incluye textos de Diderot, Melville, D. H. Lawrence o Scott Fitzgerald; el de «control social» lo conforman fragmentos de Steinbeck, Tolstoi o Dostoyevski; el de «estructura social» viene acompañado de pasajes de Daniel Defoe y George Orwell, y el de «poder y autoridad» por Norman Mailer o Arturo Barea. «Necesitamos leer a Marx y a Balzac. Max Weber y Proust. La comprensión de uno será iluminada por la comprensión del otro.» (Coser, 1963: 4).

Precisamente eso es lo que pretende Harvey Goldman en *Max Weber and Thomas Mann. Calling and the Shaping of the Self*, el primero de sus dos libros sobre Weber y el autor de *La montaña mágica*, publicado el mismo año que el monográfico de *Critical Inquiry*. Pretende comprender mejor a Weber a partir de Mann y viceversa. Quizá lo verdaderamente novedoso de su enfoque es el considerable peso que tienen, desde un punto de vista metodológico, las biografías de ambos autores. Goldman se acerca a Weber y Mann desde el análisis de las ideas y obsesiones que dan la pauta de sus obras, relacionándolas con el momento histórico concreto y analizándolas tanto desde el contexto social como desde sus profundas crisis personales y psicológicas. Parte de la convicción de que para explicar lo que en verdad hizo importante una determinada obra literaria (pero también la obra científica o ensayística de un pensador) en el momento de su aparición o su posterior redescubrimiento, para comprender lo que motivó que apareciese *esa* narración en *ese* momento es imprescindible el acercamiento biográfico y el análisis de la relación de ciertas ideas con su ambiente. Así pretende comprender qué motivó y qué significaba para Weber y Mann sus respectivas ideas sobre la *vocación*, relacionándola con sus inclinaciones políticas, sus ideas de la muerte, sus lecturas y la convicción ideológica de que la cultura moderna debilitaba a la Nación, *su* nación y, en consecuencia, a los individuos. Goldman no trata de analizar desde un punto de vista sociológico la obra de Mann, ni utilizar las novelas de este para buscar elementos comunes con la sociología weberiana. La relación entre sociología y literatura no es jerárquica. Y no lo es porque la sola distinción es para él, en última instancia, poco relevante. Hasta el punto en que no ve necesario el justificar por qué un sociólogo como él, para hablar de un padre fundador de su pro-

pia disciplina acaba leyendo y hablando, también, de novelas y vidas de escritores. Tal justificación se salda con un párrafo de tono fastidioso o de elegante desdén: «Para llevar a cabo nuestra tarea es necesario superar el modo en que las disciplinas intelectuales, especialmente las ciencias sociales y la literatura, son normalmente separadas la una de la otra en cuanto a los problemas que afrontan y la naturaleza y rigor de sus métodos. La vida intelectual ha sido dividida en distintas disciplinas por razones de conveniencia y, lamentablemente, la gente ha terminado por creer que el mundo está igualmente dividido. Pero ni la vida ni el mundo están innatamente organizados en disciplinas y los dilemas humanos deambulan libremente, ignorando las fronteras disciplinares que hemos dibujado. Nos hemos acostumbrado a entender el discurso de la literatura y el de la ciencia social como discursos distantes [...] uno centrado en proporcionar explicaciones empíricas sobre la «realidad», y el otro sobre exploraciones o representaciones «ficticias» de temas tomados de esa realidad. Pero esta distinción es desafortunada y artificial, especialmente para una perspectiva sociológica de orientación más interpretativa que causal.» (Goldman, 1988: 7-8) \* En cierto modo la perspectiva de H. Goldman se acerca a la postura que volverá a adoptar Coser un año después en su respuesta al texto de Leo Lowenthal «Sociology of literature in retrospect»<sup>4</sup>. La relación entre sociología y literatura termina por ser circular y resolverse como necesaria. Según Coser, el sociólogo no puede renunciar al material (al conocimiento) que la literatura le proporciona, pero para alcanzar a entender el mensaje de la literatura, el sociólogo debe *decodificarlo* atendiendo al contexto social y el marco de relaciones en que la obra literaria ha sido creada.

Volvamos ahora a la introducción de Griswold, Ferguson y Desan. Tras reparar la herencia que el romanticismo, el realismo y el positivismo han legado a la sociología de la literatura, afirman que la corriente teórica que le dio su impulso definitivo es el marxismo: desde Lukács, Goldmann y Althusser hasta su vigencia en autores como Terry Eagleton y su concepto de «Modo de producción literario» y, especialmente, Raymond Williams. El autor de *Culture and Society (1780-1950)* (1958), *The English Novel from Dickens to Lawrence, Marxism and Literature* (1971)<sup>5</sup> o la compilación de ensayos *Writing in Society* (que incluye algún artículo presentado al que hasta entonces había sido uno de los más destacados impulsos institucionales para la sociología de la literatura en Inglaterra, las *Essex Conference on the Sociology of Literature*)<sup>6</sup> era aún a finales de la década de los

---

\* Todas las traducciones de textos son de los autores.

<sup>4</sup> Coser (1989) y Lowenthal (1989). Tanto el artículo como la respuesta forman parte del volumen *Literature and social practice*.

<sup>5</sup> Hay traducción al castellano, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1997, con prólogo de José María Castellet.

<sup>6</sup> Estos ciclos de conferencias se mantuvieron en la Universidad de Essex desde 1976 hasta 1984, publicando anualmente sus actas. Las conferencias eran organizadas a partir de temas generales: así, en 1976, las ponencias se agrupaban e torno al título «Literature, society and sociology of literature»; en 1977 se titularon «1848, the sociology of literature» y en 1978 «1936, the sociology of literature»; en 1982



ochenta el autor de referencia en la materia. Efectivamente, el enfoque marxista seguía siendo dominante, y lo era en buena medida debido al particular modo en que Raymond Williams había adaptado el viejo modelo en torno a nuevos esquemas laxos. La vulgarización de la clásica teoría marxista del conocimiento dio lugar a una metáfora enormemente exitosa: la metáfora del «espejo». La literatura refleja la sociedad de su época. El modelo funcionaba a la perfección enfrentándose a los grandes nombres de la novela realista del siglo XIX porque, como apunta Griswold, no sólo es que aquellas novelas fueran las que mejor representaban el mundo social de su época, sino que eran, además, las que mejor reflejaban el propio modelo marxista. Por eso «podemos decir que el marxismo ha marcado la agenda incluso a aquellos que más enfáticamente han rechazado la teoría marxista [...] Aunque el modelo del reflejo ha sido desacreditado, no ha sido aún sustituido.» (Griswold, Ferguson y Desan, 1989: 7)

Lo que proponían entonces era una flexibilización del modelo o, mejor dicho, aprovechar la potencial complejidad que la metáfora del espejo contenía. El espejo, dicen, refleja parcialmente y no pocas veces deforma. Por qué deforma algunas cosas de un modo y no de otro es una de las preguntas a las que debe buscarse respuesta en cada caso. Y como hay alguien (el lector) que mira el espejo e interpreta el reflejo de un modo u otro, cabe igualmente preguntarse el porqué de una determinada interpretación o lectura. No sólo hay, pues, que atender al espejo (texto), sino también al marco (instituciones) y los «demonios» (subjetividad del lector y escritor), jugando con la fábula de Hans Christian Andersen. El matiz que incorporaban a finales de la década de los ochenta era uno de los elementos centrales de la sociología del campo literario que construía entonces Bourdieu: el espejo no solamente refleja, sino que más bien *refracta*.

¿Cuáles eran las perspectivas cinco años después? Efectivamente, en la estela de los trabajos de Williams, se había conseguido flexibilizar el monopolio de la herencia marxista. Un punto de inflexión en ese sentido fue la aparición del libro *Art Worlds* (1982), de Howard Becker (aunque conviene destacar que el libro ya hacía seis años que había aparecido cuando Griswold ofreció aquel primer «estado de la cuestión») <sup>7</sup> quien, jactándose hasta resultar irritante del «antielitismo congénito» que había adquirido respirando la «atmósfera democrática» de las tabernas de Chicago —donde tocó el piano varios años—, pretendía romper la distancia analítica entre alta cultura y cultura popular, artistas y *artesanos*.

---

«The politics of theory», y en 1984 «Europe and its others». Para una revisión de aquellos congresos véase *Literature, Politics and Theory: Papers from the Essex Conferences (1976-1984)*.

<sup>7</sup> No es este, por otro lado, el único olvido importante: ya en 1971 el libro *The Sociology of Literature*, de Swingewood y Laurenson, ofrecía una muy completa revisión teórica del desarrollo de la sociología de la literatura hasta el auge del estructuralismo, además de apuntar sus principales problemas metodológicos y esbozar un análisis en torno a los orígenes de la autoría y el proceso de profesionalización de la escritura de notable interés. En su última parte, «Hacia una sociología de la novela», varios capítulos dedicados a Sartre, Camus y Orwell, mostraban unas cuantas buenas reflexiones sobre la relación entre ideología y narrativa.

Lo que Becker traía con el concepto de Art Worlds era un nuevo enfoque muy centrado en la *interacción* entre aquellos que trabajan en torno a la creación artística, dejando aparcada la perspectiva más estrictamente institucional (lo que, como dice Griswold, le separaba de la vertiente empírica de Escarpit, dominante en Francia). Dice Becker: «(la expresión) “Mundo del arte” es normalmente utilizada por quienes escriben sobre las artes en un sentido vago y metafórico, fundamentalmente para referirse a la gente de moda que asiste a eventos reseñables mostrando productos de precios astronómicos. Yo he utilizado el término de un modo más técnico para denotar las redes de personas cuya actividad cooperativa, organizada a través de su común conocimiento del significado convencional de hacer cosas, produce el tipo de obras de arte que el mundo del arte hace conocidas. Esta definición tautológica refleja un análisis que no está construido en torno a una teoría sociológica del arte sino que está más bien orientado a la exploración del potencial que la idea de mundo del arte tiene para ayudarnos a comprender cómo las personas producen y consumen obras de arte.» (Becker, 1982). Pero el definitivo paso adelante en este sentido lo habría dado —siempre según Griswold— la aparición de los *cultural studies* al «reconceptualizar la cultura popular» y fijar la atención en «la desacreditada cultura de masas», abriendo la sociología de la cultura hacia el análisis de productos televisivos, tebeos o géneros literarios «bajos», como la ciencia ficción (que ofrece material valioso para la sociología de la ciencia) o la novela romántica (que ofrece material valioso para la sociología del género). De este modo se habría alzado la figura del lector como pilar básico del nuevo acercamiento sociológico a la literatura. El lector «otorga significado y sentido» a las obras, produciendo un giro analítico desde las «clases sociales» a las «clases textuales» o estructuras de grupos de lectores (Griswold, 1993: 456).

Pero retomemos el hilo de la pregunta: tras sortear la rigidez marxista, atender a las redes que forman los «sistemas literarios» y situar al lector como protagonista en la construcción de *sentido*, las «nuevas direcciones» que apunta Wendy Griswold son, básicamente, tres: primero, desarrollar la relación entre literatura e identidad colectiva (en la línea que, precisamente, viene desarrollando ella misma a través de sus trabajos sobre literatura en África); segundo, «redescubrir» al autor atendiendo al papel de su intencionalidad; y tercero, analizar las relaciones entre literatura y nuevos medios de difusión cultural.

Siguiendo alguna de aquellas direcciones, el dominio de los *cultural studies* en los departamentos de literatura en buena parte de las universidades norteamericanas ha producido una importante cantidad de trabajos, muchos de ellos ciertamente superficiales, cuando no triviales. Pero sí merece la pena destacar tres obras que han venido a confirmar alguna de aquellas tendencias. En *Novels, Novelists and Readers* (1991), Mary F. Rogers elabora una estimulante interpretación fenomenológica de la novela conjugando varios planos de análisis: la relación entre experiencia personal-escritura y experiencia personal-lectura; la relación entre novela, vida cotidiana y uso de la privacidad; el fenómeno de la «socialización literaria»; y la propia rela-

ción entre arte y ciencia social. Rogers trata de resolver la tensión entre la tradición exclusivista de la crítica literaria y la postura reduccionista que encuentra en la sociología de la literatura que acude a las novelas sólo en busca de material de trabajo, y pretende hacerlo a partir de la corrección que la fenomenología de Schutz hace sobre la sociología clásica de la cultura, esto es: atendiendo a las «variedades en el lenguaje y las formas de la acción social que hacen de la literatura un mundo cuyos participantes muestran muy distintos estilos cognitivos» (Rogers, 1991: 14). Un segundo ejemplo lo encontramos en el libro de Andrew Milner *Literature, Culture and Society* (1996). Milner ya había mostrado de forma esquemática algunos elementos de su marco teórico en su trabajo *John Milton and the English Revolution. A Study in the Sociology of Literature* (1981), donde dedicaba un largo capítulo a la debilidad metodológica de la disciplina y anotaba una tentativa sociología de la novela; pero su posterior obra ofrece un recorrido de mayor alcance crítico y orientación posmodernista sobre la construcción del *canon* literario y, de manera directa, califica el paso de la crítica literaria a los *cultural studies* como el auténtico «giro sociológico», para culminar con un recorrido desde el *Génesis* a *Frankenstein* y desde *Frankenstein* a *Blade Runner*.

En cuanto a la línea de trabajo literatura-identidad colectiva, cabe destacar el tan notable como elegante libro de Benetta Jules-Rosette *Black Paris, The African Writers' Landscape* (1998). Un estudio de fuerte impronta etnográfica sobre los escritores franco-africanos y el discurso de la *negritud* a partir del movimiento literario e intelectual que se organizó en torno a la editorial y revista «Presencia Africana». Jules-Rosette culmina una investigación de gran solidez metodológica (incluye al final de cada capítulo entrevistas a escritores, editores y críticos) basada en el estudio sociológico de tres generaciones de escritores africanos en Francia y reconstruyendo parcialmente la historia de las relaciones entre literatura africana y cultura francesa (y el discurso intelectual francés). Combina así la perspectiva biográfica con una «lectura socio-semiótica de las metáforas de la escritura africana».

### 3. BOURDIEU Y LA SOCIOLOGÍA DEL CAMPO LITERARIO EN FRANCIA

La sociología de la literatura francesa contaba, hasta los años ochenta, con un «espacio de los posibles» doble y confrontado. El estructuralismo genético de Lucien Goldmann, en la estela de las aportaciones de Lukács, proponía una senda esencialmente textual: se trata de detectar la coherencia entre unas determinadas estructuras literarias, presentes en las obras que estudiamos, y la *visión del mundo* emanada de una clase social y de una configuración socio-histórica concretas. Así, por ejemplo, en *Para una sociología de la novela*, Goldmann explicaba la decadencia de la epopeya y el surgimiento de la novela en el Renacimiento en relación con la escisión social en clases que trajo la Modernidad: el sujeto narrativo que a partir de entonces presentan los literatos burgueses es un sujeto individual

y escindido, un anti-héroe problemáticamente embarcado en un proceso de aprendizaje y que no puede aspirar ya a recuperar los caracteres heroicos y totalizantes del sujeto épico (Goldmann, 1967). Frente a esta visión interpretativa de largo alcance histórico, se planteaba una sociología de la literatura de raigambre empírica, mucho más descriptiva y apegada a lo concreto. Robert Escarpit, fundador del *Centre de sociologie des faits littéraires* en 1960 (convertido tres años más tarde en el *Institut de littérature et de techniques artistiques de masse*, ILTAM), propulsaba un estudio empírico del libro y de los circuitos de la literatura en la sociedad actual, bajo la comprensión de la literatura como un fenómeno de comunicación social: estudiaremos la producción literaria, y por tanto al escritor —y habremos de vincular las características de las obras a la procedencia social de los autores—, pero también es necesario atender a los mecanismos de publicación y distribución de los libros, a la función editorial y a los mercados literarios, a las formas de consumo y a los diversos públicos lectores (Escarpit, 1971). La estadística y la economía del libro, así como otros métodos empíricos cuantitativos y cualitativos, resultan en esta aproximación herramientas básicas de investigación. La sociología empírica de Escarpit, con una fuerte impronta aplicada (realizó estudios para la sección del libro de la UNESCO), se hallaba cercana a la tradición sociológica norteamericana, descriptiva y práctica, mientras que el estructuralismo genético de Goldman, como se observa ya desde su propio nombre, se alineaba más bien con las corrientes más filosóficas e interpretativas de la sociología francesa, según la conocida oposición de Merton entre la especulativa sociología del conocimiento europea y la empírica sociología de la comunicación de masas norteamericana<sup>8</sup>.

La sociología de la literatura formalizada una década más tarde por Pierre Bourdieu, y continuada por varios de sus discípulos y colegas en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* (EHESS), recoge esta doble alternativa y a la vez, como pretende en muchas otras ocasiones la sociología bourdieuana, se propone superarla. En opinión de Bourdieu, ambas aproximaciones adolecen de «concebir

---

<sup>8</sup> Merton, *Teoría y estructura sociales*, FCE, 1980, p. 530. Una anécdota narrada por Escarpit muestra cómo esta oposición teórica señalaba asimismo la oposición práctica, dentro del campo intelectual francés a principios de los años setenta, de dos posiciones a la hora de estudiar la literatura y la comunicación: la una, textual, centrada en el estilo y en la reflexión teórica e instalada dentro de los entornos académicos; la otra, empirista, desprovista del capital cultural específico que sí posee la primera, e implicada, por tanto, en la fundación de espacios institucionales extra-académicos para nuevos desarrollos científicos aplicados y prácticos, como la estadística del libro o las ciencias de la comunicación: «[Buscando apoyos para fundar un Comité Francés para las Ciencias de la Información y la Comunicación] encontramos algunos "cómplices" a los que explicarles la cosa, entre ellos Roland Barthes. Mi libro *L'écrit et la communication* se publicó el mismo día que *Le plaisir du texte* de Barthes. Nos encontramos un día en el metro y le señalé que él decía lo mismo que yo, aunque él lo formulaba mejor. Él se rió, me dijo que de ninguna manera escribíamos los dos las mismas cosas, pero bueno, finalmente accedió a ayudarme» (Escarpit, 1992). El intento de acercamiento y el elogio al estilo de su interlocutor de Escarpit y la risa condescendiente y la negativa a la identificación de Barthes señalan, en este enfrentamiento soterrado y cotidiano, la diferencia en las posiciones relativas de cada uno.

la relación entre el mundo social y las obras culturales en la lógica del *reflejo*, e ignoran el efecto de *refracción* que ejerce el campo de producción cultural» (Bourdieu, 1995: 344). En varios artículos y, sobre todo, en el libro *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Bourdieu elabora una propuesta que se quiere a la vez empírica y teórica, planteando como objetivo expreso de la sociología de la literatura un estudio sociológico, ya no de las obras y de sus códigos literarios ni de los mercados editoriales y sus lectores/consumidores (aunque ambos aspectos habrán de ser recuperados de forma nueva en el análisis) sino del campo literario, del universo social de relaciones en el cual se imbrican e interactúan los escritores y el resto de actores implicados en la producción literaria (editores, críticos, agentes literarios, jurados de premios, académicos, miembros de instituciones, etc.)<sup>9</sup>. La génesis histórica de este espacio social autónomo y de las concepciones modernas del arte y la literatura a finales del siglo XIX, así como las transformaciones que los campos literarios han vivido desde entonces en diversos entornos nacionales, se constituyen así en el objeto privilegiado de investigación de la sociología de la literatura promovida por Bourdieu.

Según Bourdieu, «un campo es un universo social separado que posee sus propias leyes de funcionamiento, independientes de aquellas de la política y la economía. La existencia misma del escritor, como hecho y como valor, es inseparable de la existencia del campo literario como un universo autónomo dotado de principios específicos de evaluación de las prácticas y las obras. Comprender a Flaubert o a Baudelaire, o a cualquier escritor, mayor o menor, es ante todo comprender en qué consiste el estatus de escritor en el momento que consideramos; esto es, más precisamente, las condiciones sociales de posibilidad de esta función social, de este personaje social. De hecho, la invención del escritor, en el sentido moderno del término, es inseparable de la invención progresiva de un juego social particular, que denominamos campo literario y que se constituye como tal en tanto afirma su autonomía, sus leyes específicas de funcionamiento dentro del campo del poder» (Bourdieu, 1993: 162-163). Así, si bien es cierto que se dan unas relaciones de determinación entre el momento histórico de una sociedad dada y sus productos literarios, esta relación no se limita al *reflejo* automático de la sociedad en la literatura, sino que se da un efecto de *refracción* a través de las lógicas sociales específicas que se dan en el campo literario, suerte de prisma relativamente autónomo de los campos del poder económico y político. La comprensión de que una de las características principales del campo literario y del resto de cam-

---

<sup>9</sup> El propio Bourdieu se diferencia del término más intuitivo utilizado por Howard Becker, *Art World*, el «mundo del arte», señalando que, a diferencia de la visión cooperativa e idílica de la «República de las Letras» que evoca Becker, el concepto de campo no es «reductible a una *población*, es decir a una suma de agentes individuales vinculados por meras relaciones de *interacción* y, con mayor precisión, de *cooperación*», sino que quiere captar «las *relaciones objetivas* que son constitutivas de la estructura del campo y que orientan las luchas que tratan de conservarla o transformarla» (Bourdieu, 1995: 307). Es en este sentido en el que Bourdieu habla en ocasiones del artista como un «creador creado [por el propio campo]».

pos de producción cultural es la pretensión de una autonomía permanentemente lograda y permanentemente en discusión está en la base de este acercamiento: «Frente a las demandas políticas, religiosas y económicas, el campo literario ha afirmado su autonomía, instituyendo el primado del juicio de los pares como garantía de su legitimidad» (Sapiro, 1999: 12)

Lo que se pone en juego en el campo literario, aquello a lo que aspiran los participantes en él y que se ve juzgado y repartido de forma autónoma por las instituciones propias del campo, es una forma de capital simbólico específico: la consagración literaria, el reconocimiento del valor literario. El problema del *valor*, aspecto que no era tenido en cuenta como objeto por sociologías anteriores, entra así como elemento clave, socialmente determinado, en la aproximación de Bourdieu. Bourdieu asume que el objeto de una «ciencia de las obras» debe de ser la construcción social del valor de la obra, los modos diferenciales por los cuales los textos literarios llegan a ser concebidos como objetos artísticos valiosos: «Partiendo de que la obra de arte sólo existe como objeto simbólico provisto de valor si es conocida y está reconocida, es decir si está socialmente instituida como obra de arte por unos espectadores dotados de la disposición y competencia estéticas necesarias para conocerla y reconocerla como tal, la ciencia de las obras tendrá como objeto no sólo la producción material de la obra, sino también la producción del valor de la obra o, lo que viene a ser lo mismo, de la creencia en el valor de la obra» (Bourdieu, 1995: 339). Ese valor concedido a determinadas obras y autores ha de ser comprendido como un *efecto de campo*. El conflicto propio, constituyente, del campo literario se da entonces no solamente por la consecución de ese capital específico (cuya consagración final, algo que habitualmente sucede de forma póstuma, es la inclusión de tal o cual escritor en el *canon* histórico comúnmente aceptado), sino también por la legitimidad de las instituciones que conceden legítimamente ese capital. Así se introduce en la sociología de la literatura el estudio de la crítica y de las instituciones (academias, universidades, premios, etc.) que sustentan y reparten diferencialmente el capital específico en el campo, lo que supone una de las aportaciones más interesantes de Bourdieu. En la visión de Bourdieu, la crítica es a un tiempo interpretativa y performativa, es decir, a la vez que juzga e interpreta la valía de las obras y corrientes artísticas, cumple un papel fundamental en las luchas por la prescripción de lo que Bourdieu denomina el «*nomos*» fundamental del campo: las reglas básicas de la acción en el campo. La crítica, en sus diferentes y enfrentadas facciones, compite por establecer cuál debe ser la norma constitutiva del campo —por qué y cómo se debe escribir y, por tanto, quién está «autorizado» a hacerlo— y también actúa de intermediaria entre los escritores y el público <sup>10</sup>.

---

<sup>10</sup> Bourdieu hace así notar cómo, por ejemplo, el desarrollo de cada vanguardia artística durante el siglo xx ha venido indisolublemente ligada a la aparición de una nueva facción en la crítica que *apuesta* por ella: es decir, que apuesta su legitimidad propia al reconocer valor y legitimidad artística a unas obras o productos que, por su innovación o radicalidad dentro del «espacio de los posibles» contemporáneo, carecen aún de ella —piénsese, ejemplarmente, en el papel cumplido por Clement Gre-

El campo literario, pues, se divide en fracciones y subcampos enfrentados en un sentido literario y, simultáneamente, en uno social. Bourdieu diferencia, como oposición fundamental del campo, el enfrentamiento entre un polo de gran producción, regido por la lógica del mercado y orientado hacia la rentabilidad a corto plazo y un polo de producción restringida, donde el reconocimiento de los pares, la economía «anti-económica» del arte puro y la búsqueda de la pervivencia histórica priman sobre los criterios económicos. «La oposición es total entre los *best-sellers* sin futuro y los clásicos, *best-sellers* de larga duración que deben al sistema de enseñanza su consagración, y por tanto su amplio y duradero mercado» (Bourdieu, 1995: 223). Sobre esta oposición fundamental, que testimonia ejemplarmente dos puntos de vista opuestos sobre la autonomía del universo literario, se van construyendo diversos juegos de posiciones estilísticas, pero también políticas y sociales. Los diversos actores se insertan en cada uno de los sub-campos, reflejando y a la vez reproduciendo en su acción diferenciaciones sociales y trayectorias de clase. Así, por ejemplo, en un estudio del campo literario francés a finales del siglo XIX, no debe extrañarnos que «el conjunto de los partidarios del «arte por el arte», que están objetivamente muy próximos por sus tomas de posición políticas y estéticas y que, sin formar propiamente un grupo, están vinculados por relaciones de aprecio mutuo y a veces de amistad, también están muy próximos por su trayectoria social» (Bourdieu, 1995: 134).

La noción de campo, correlativa en un sentido macro con la perspectiva psico-social que aporta el concepto central en Bourdieu de *habitus*, alude por tanto a ese juego doble de correspondencias, a la existencia de una homología dinámica entre la estructura sociológica de un campo literario —los juegos de fuerzas entre las posiciones relativas ocupadas en la estructura del campo por los participantes en él— y la estructura literaria, las opciones específicas que cada escritor o agente inserto en el campo toma en cada momento (la opción por una forma literaria determinada, la adhesión a una corriente o el rechazo de otra, etc.). De esta forma, en cada momento histórico del campo literario se da un «espacio de los posibles», una estructura del universo social expresada en términos literarios que es a la vez «dura», objetiva —se presenta como tal ante cualquier aspirante a entrar en el «juego» que se lleva a cabo dentro del campo— y susceptible de cambios y modificaciones, mediante la invención o desarrollo de nuevas posiciones, de nuevas alternativas (y éste es el papel de las vanguardias). En este sentido, una toma de posición literaria es simultáneamente una toma de posición social: en esta bisagra, en este momento en el que *sucede la refracción*, es donde Bourdieu considera que debe situarse la mirada del sociólogo hacia la literatura y el arte.

El juego de herramientas conceptuales desarrolladas por Bourdieu (campo, espacio de los posibles, homología, producción restringida) ha sido utilizado por in-

---

enberg en la consagración de Pollock y el expresionismo abstracto. Vera Zolberg, siguiendo a Bourdieu y en mayor medida a Becker, denomina «estetas» a toda clase de agentes dedicados a la interpretación y «otorgación» de legitimidad a las obras (Zolberg, 2002).

vestigadores pertenecientes o afines a la EHESS, que han encontrado su principal medio de expresión en la revista *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*. En los últimos años la revista ha publicado diversos monográficos dedicados, desde una aproximación de inspiración bourdieuana, a cuestiones como la edición y los editores (nº 130, diciembre 1999) o la traducción y los intercambios literarios internacionales (nº 144, septiembre 2002). Quizá la investigación más relevante en esta estela sea *La Guerre des Écrivains 1940-1953*, de Gisèle Sapiro, libro que analiza los cambios que sufrió el campo literario francés durante e inmediatamente después de la República filonazi de Vichy. La cuestión que la obra de Sapiro afronta con mayor detenimiento es el problema de cómo se reorganiza la autonomía del campo bajo un régimen totalitario que plantea a los literatos de la época la cuestión de la política en su forma más urgente. A través del análisis factorial<sup>11</sup> de datos sobre el origen y trayectoria social de 185 escritores en activo entre 1940 y 1944, así como de otras variables que indican su posición en el campo (género en que escribe, editoriales en que publica, instituciones que le acogen, etc.) y de sus tomas de posición políticas, Sapiro reproduce la forma en que se estructura espacialmente el campo y las diversas posiciones que se ponen en juego. El libro se completa con un análisis del comportamiento de cuatro instituciones literarias, exponentes de los diversos subcampos, durante y después de la Ocupación: la Academia francesa, la «institución literaria de Estado»; la Academia Goncourt, una «contra-academia» escorada hacia el periodismo y que persigue el escándalo como forma de supervivencia; la *Nouvelle Revue Française*, revista que vivió una evolución desde «el arte por el arte» a posiciones de compromiso con el régimen; y el Comité Nacional de Escritores, la forma clandestina de organización de los escritores afines a la Resistencia.

Tanto el libro de Sapiro como otras obras paralelas de Bourdieu acaban por escorar la sociología de la literatura hacia una sociología más amplia de los campos intelectuales en su conjunto, afrontada en una perspectiva sobre todo histórica. Bourdieu aplicó el mismo aparato conceptual al estudio de otros campos: el campo filosófico alemán de entreguerras en *La ontología política de Martin Heidegger* (1988), los miembros de los altos cuerpos del Estado en Francia en *La noblesse d'État. Grandes écoles et esprit de corps* (1989, sin traducción al castellano) o el campo científico (*Ciencia de la ciencia y reflexividad*, 2001). En este sentido, el concepto de campo cuenta con una amplitud que le permite resultar de aplicación a los diversos universos de producción cultural, y en cierto grado —a pesar de la insistencia de Bourdieu en atender a la lógica específica y autónoma del campo literario—, esta volubilidad hace que se le escape la especificidad literaria, el contenido de los libros. Esto, junto con su renuncia a plantearse —más que como un puro efecto social del campo— el problema de la estética, conduce a Bourdieu

---

<sup>11</sup> Sapiro toma también de Bourdieu la elección de métodos empíricos apegados a lo concreto, como, por ejemplo, la encuesta estadística que le sirvió de base para su obra clave *La distinción. Crítica social del gusto* (1979).



a un cierto olvido del interior de los libros, de la literatura en su dimensión más propia. Como señala Harvey Goldman en su artículo publicado en este mismo número, existe aquí el riesgo de «no captar la significación simbólica de las obras para sus lectores en diferentes períodos de tiempo o para sus intérpretes u otros escritores, convirtiendo las obras casi en objetos totémicos cuyo poder mágico para obtener reconocimiento es su cualidad decisiva, pero cuya magia no puede realmente ser explicada». Otras críticas que se han hecho a Bourdieu apuntan a que sus análisis se hayan muy condicionados por la realidad literaria específicamente francesa, y que no resultan de igual aplicación para otras realidades nacionales. A pesar de todo esto, en nuestra opinión la arquitectura conceptual que Bourdieu construye para la sociología de la literatura ha resultado la propuesta más productiva durante los últimos años. En una de sus derivas más ricas —y que el propio Bourdieu explotó ejerciendo de auto-analista en varias de sus obras<sup>12</sup>— la sociología del campo literario y de los campos más amplios de producción cultural incluye ineludiblemente *una sociología de la sociología*, como subcampo intelectual específico. La mirada sociológica afronta así un giro reflexivo para comprenderse a sí misma, para autoconocerse y, como dice Cristóbal Torres, conocer «cuáles son los condicionantes que afectan a su estructuración como colectivo, a su actuación pública, así como al conjunto de su producción teórica», operación que nos resulta esencial para avanzar en «la depuración del quehacer sociológico y, consiguientemente, en la fundamentación de la sociología» (Lamo de Espinosa, González García y Torres, 1994: 580).

#### 4. LA LITERATURA EN LA SOCIOLOGÍA ESPAÑOLA

Una vez expuestos algunos desarrollos de la sociología de la literatura en el ámbito anglosajón y en el caso francés, volvemos nuestra mirada a la sociología española. La literatura, tomada como referencia, como dato o como apoyo «culto» del discurso, ha sido una constante en el pensamiento social español moderno, ya desde una generación del 98 que se movió a horcajadas entre la literatura, la filosofía y la ciencia social. Las difusas menciones o referencias acriticas a la literatura, muestras de una competencia que es juzgada de forma general como una condición *sine qua non* de la posesión de una cultura humanista —esto es, de la pertenencia al campo intelectual— no deben, sin embargo, ser consideradas como

---

<sup>12</sup> Y especialmente en el fascinante y lúcido *Autoanálisis de un sociólogo* (2006), elaborado a partir de su último curso en el Collège de France. Aquí Bourdieu efectúa una suerte de autobiografía profesional a partir de una sociografía histórica del campo académico e intelectual en el que su propia posición se insertó: «Comprender significa comprender primero el campo con el cual y contra el cual uno se ha ido haciendo. Por eso, y aún arriesgándome a sorprender a un lector que tal vez espere verme comenzar por el comienzo, es decir, por la evocación de los años de mi niñez y del universo social de mi infancia, tengo que, ortodoxamente, examinar en primer lugar el estado del campo en el momento en que ingresé en él, hacia los años cincuenta» (Bourdieu, 2006: 17)

una sociología de la literatura en sentido estricto. Que algunos de los primeros sociólogos españoles —o los primeros españoles interesados por la sociología— escribieran algo sobre literatura es otra cosa.

En ese terreno podemos destacar el libro *La Generación del 98* de Urbano González Serrano, autor de uno de los trabajos clásicos de la primera sociología en España, *La sociología científica moderna*. También Adolfo Posada, quien pertenecía al círculo intelectual de Leopoldo Alas *Clarín* en el Oviedo de principios del siglo XX, dejó algunas páginas sobre narrativa en *Autores y libros* (1909). Además de artículos y comentarios dedicados al autor de *La Regenta* («El Quijote y Clarín», «Escritos inéditos de Clarín. Papeles y recuerdos», «De Alas adentro») abría aquella compilación de, en palabras del propio autor, «artículos más o menos sociológicos», un ensayo titulado «El *ideal social* en Zola. A propósito de su novela *Trabajo*». El primer párrafo debía justificar la inclusión de dicho artículo entre los más o menos sociológicos: «Aun en la hipótesis de que Emilio Zola no se hubiera propuesto defender una tesis sociológica en su hermosa novela *Trabajo*, creo que es posible recoger en sus páginas vivas, emocionales y a veces bellísimas, los datos indispensables para inducir algo así como lo que puede ser el *ideal social* del maestro insigne».

El punto de inflexión es Ortega. Tal y como ha mostrado Gil Villegas en su interesante y muy bien documentado trabajo *Los profetas y el Mesías*<sup>13</sup>, los elementos comunes entre la *Teoría de la novela* de Lukács y las *Ideas sobre la novela* que Ortega incluye en sus *Meditaciones del Quijote* son muchos<sup>14</sup>. Publicados casi simultáneamente, estas coincidencias se deben, según Gil Villegas, a que «Lukács y Ortega definieron sus respectivas concepciones sobre la esencia y características de la novela, influidos por un universo de discurso compartido derivado de varias obras que, en el contexto cultural de la Alemania de principios de siglo,

<sup>13</sup> Gil Villegas (1996).

<sup>14</sup> «En los problemas y términos usados en las *Meditaciones del Quijote* y en la *Teoría de la novela* hay sorprendentes analogías y coincidencias, no sólo en el planteamiento de la necesidad de trascender la dualidad sujeto-objeto por medio de la correlación indisoluble y necesaria entre «Mundo contingente e individuo problemático» o entre el «yo y su circunstancia», sino también en otros muchos aspectos. Si en la «Meditación primera» de las *Meditaciones del Quijote* Ortega presenta su «teoría de la novela», Lukács plantea en cambio, en su teoría de la novela, sus propias «meditaciones del Quijote». Si Ortega afirma que «cada época trae consigo una interpretación radical del hombre (y) por esto, cada época prefiere un determinado género literario», Lukács afirma por su parte que la transformación de los puntos de orientación «somete las formas literarias a una dialéctica histórico-filosófica que, según la naturaleza de los diversos géneros no puede ser sino variable para cada uno de entre ellos». Análogamente, mientras Ortega nos dice que «ser héroe consiste en ser uno, uno mismo» y que «es esencial al héroe querer su trágico destino», Lukács propone que «en el destino que da forma y en el héroe, creándose se encuentra a sí mismo, la pura esencia despierta a la vida» con lo que «la tragedia se manifiesta y se vuelve problema. Por último [...] mientras para Ortega la libertad del héroe proviene de «vencer a la costumbre e inventar una nueva manera de gesto», para Lukács esa misma libertad proviene «de que, en un desafío luciferino, el héroe se completa a sí mismo y para cumplir el gesto de su alma, barre toda semimedida de ese mundo donde su desastre reina como amo». (Gil Villegas, 1996: 71-72).

abordaba el problema del sentido y esencia de los géneros literarios». Ese «universo de discurso compartido» era el de Hegel, Simmel, Bergson y el neokantismo, a partir del cual «Lukács y Ortega compartían una perspectiva historicista y evolucionista de los géneros literarios y descubrían los gérmenes de la novela en la épica» (Gil Villegas, 1996: 73). La herencia orteguiana se aprecia con claridad en alguna de las primeras obras de su discípulo José Antonio Maravall. En 1948 aparecía, en la editorial del Instituto de Estudios Políticos y prologado por Menéndez Pidal, su libro *El humanismo de las armas en Don Quijote*, en cuya introducción podemos leer: «De ese sentimiento nace el Quijote, que rompiendo las arcaicas maneras del libro de caballerías y llegando incluso en gran parte a adelantar la forma literaria de la novela moderna, acaba en la amarga y serena queja de una época que amenaza con negar al héroe su puesto en ella» (Maravall, 1948: 10). Aquel libro es, además, un buen y temprano ejemplo de análisis que atiende al fenómeno de la «recepción» de la obra literaria<sup>15</sup>. A lo largo de su trayectoria intelectual, la literatura fue una pieza clave en el engranaje de sus trabajos de historia social y lo que denominaba «historia de las mentalidades». Así, en un artículo por lo demás algo superficial, Juan Ignacio Ferraras apunta: «En la España verticalista que tiranizó el país durante cuarenta años no era posible la aparición de ninguna Sociología de la Literatura, la implicación política de esta ciencia, implicación falsa o verdadera, hacía muy difícil no sólo su aparición sino incluso su cultivo. El tratamiento simplemente «social» de la Literatura era prácticamente ignorado, y esto explica, por ejemplo, la novedad que supuso la aparición del libro de J. A. Maravall, *El mundo social de la Celestina*»<sup>16</sup>. Tras este trabajo aparecerán *Utopía y contrautopía en el Quijote, teatro y literatura en la sociedad barroca* (1972) y el voluminoso y notable estudio, publicado poco antes de su muerte, *La literatura picaresca desde la historia social (S. XVI y XVII)* (1986), donde maneja categorías de la sociología de la desviación en su análisis de las representaciones de la marginalidad y la anomia.

---

<sup>15</sup> «No sólo es esta una cuestión de historia literaria, sino que afecta necesariamente a todo intento de interpretación del Quijote, ya que hace relación al problema de qué es lo que vieron en esa obra los que la recibieron al aparecer» (Maravall, 1948: 9) Y dos páginas más adelante leemos: «En 1529, Fray Antonio de Guevara protesta, como moralista al uso entonces, de «los días y las noches que consumen muchos en leer libros vanos: a Amadís, a Primaleón, a Duarte, a Lucenda, a Calixto». En el favor popular vemos emparejados típicos libros de caballerías con otros de muy diferente condición [...] Y ello nos obligaría, si nos detuviéramos aquí, a tener que explicarnos la siguiente dificultad: ¿Por qué razón una época que lee *La Celestina* o las novelas de Diego de San Pedro, lee también tan estupidas fantasías? Y en relación a ello, ¿Qué puede significar unos años después *Don Quijote*?».

<sup>16</sup> El libro, publicado por la editorial Gredos en 1964, es efectivamente un buen ejemplo del uso de la literatura como fuente de información para el análisis sociológico. Maravall dice «No es fácil hallar en el marco de la Historia Cultural obras que con tanto relieve literario como *La Celestina* o, por lo menos, de alguno de sus aspectos cardinales, se han de corresponder con las que nos dibujan la imagen de la sociedad española a fines del siglo xv, cuyos trazos, por otra parte, coinciden en gran medida con los de la evolución general europea de la época.» (Maravall, 1964: 7).

No es José Antonio Maravall, dentro de la generación de intelectuales españoles de posguerra, el único autor de cuya obra cabe rescatar un acercamiento sociológico a la literatura o, tratando de matizar al máximo, un determinado uso del material literario dentro de trabajos realizados bajo una cierta perspectiva sociológica. De Carlos Ollero —que no por casualidad estuvo durante varios años encargado de la asignatura de Sociología de la Literatura en la Universidad Complutense— nos han quedado un puñado de reflexiones sobre «La sociedad y la política como tema literario (Reflexiones sobre Balzac)» y otros escritos de finales de los años cuarenta sobre Balzac y Galdós, agrupados en las últimas páginas de la compilación *La política como realidad, realidad como literatura* (1983). Asimismo, entre la amplia bibliografía de Enrique Tierno Galván podemos encontrar desde ensayos sobre la «Concepción del mundo e ideas políticas en la obra de Dostoyevski» o «Teatro y novela en la *cultura de hibernación*»<sup>17</sup>, hasta ensayos como «Sobre la novela picaresca» (1974) o un interesante estudio sobre «La novela histórico-folletinesca» dentro de su obra *Idealismo y pragmatismo en el siglo XIX español* (1977), buen ejemplo del uso de la «baja literatura» como material de trabajo. Por último, a medio camino entre la mera crítica literaria y un acercamiento sociológico a la narrativa, Fernando Morán publicó en la década de los setenta varios estudios sobre la literatura africana y, manejando alguno de los conceptos desarrollados por Enrique Tierno (por ejemplo, el de la «trivialización de lo erótico») y próximo a la crítica cultural frankfurtiana (muy especialmente a Marcuse)<sup>18</sup> escribió un interesante volumen titulado *Novela y semidesarrollo*. Morán, a partir de las categorías desarrollo-semidesarrollo, analiza los primeros estallidos del *boom* latinoamericano, compara el *Herzog* de Saul Bellow con *El guardián entre el centeno* de J. D. Salinger, o se aproxima al fenómeno del «realismo objetivista» en la novela española de posguerra.

Durante los últimos años la sociología española ha producido investigaciones escasas pero interesantes, relacionadas más o menos estrechamente con la sociología de la literatura. Los dos libros de José María González García sobre Weber, Kafka y Goethe, *La máquina burocrática* (1989) y *Las huellas de Fausto* (1992), resultan una referencia ineludible, pero también pueden destacarse algunas otras obras, que asumen enfoques diversos. En los últimos diez años, y sin afán de exhaustividad, podemos señalar, por ejemplo, el estudio de Arturo Rodríguez Morató sobre *La problemática profesional de los escritores y traductores*, basado en una encuesta llevada a cabo entre los escritores y traductores catalanes. Desde una perspectiva radicalmente opuesta, el artículo de Ramón Ramos «Homo Tragicus» encontraba en la tragedia griega elementos para una reflexión sobre la teoría social de la acción. Los *Ensayos sobre literatura filosófica: Simmel, Musil, Rilke, Kraus*,

<sup>17</sup> En *Desde el espectáculo a la trivialización* (1961).

<sup>18</sup> En esa misma línea de inspiración frankfurtiana, pero con menor ambición teórica, podemos encuadrar algunos de los artículos de José Luis López Aranguren en *Crítica y meditación* o *La cultura española y la cultura establecida*.

*Benjamin y Roth* (1995) de Rafael García Alonso adoptan una perspectiva más filosófica y cercana a la crítica literaria, a pesar de que su autor es profesor de Sociología de la Literatura y las Artes en la Universidad Complutense. En *La revuelta contra la civilización. D. H. Lawrence y el Romanticismo antimoderno* (2001), Irene Martínez Sahuquillo entiende la literatura de Lawrence como una expresión sociológica de las críticas a la civilización industrial, al *ethos* burgués y al racionalismo moderno durante el primer tercio del siglo xx. La publicación de la tesis doctoral de Alberto Ribes sobre sociología y literatura en la obra de Francisco Ayala, con el título de *Paisajes del Siglo xx* (Ribes: 2007), constituye el eslabón más reciente de esta cadena.

En cuanto a centros, sociedades o unidades de investigación que durante los últimos años se hayan ocupado en España de la sociología de la literatura, son escasos, fruto de esa delgadez institucional que apuntábamos al principio de este artículo. Rodríguez Morató y Salvador Giner mantuvieron durante un tiempo el Centre d'Estudis de Sociologia de les Arts i de la Cultura en la Universidad de Barcelona aunque, más allá del citado estudio de Morató, casi toda su actividad se centró en investigaciones sobre otras artes (la industria española del cine, el estudio sociológico de los compositores españoles). Esta desaparición u olvido de la literatura dentro de la Sociología de las Artes se hace patente también en la trayectoria de dos sociólogos que han sido presidentes de la AESCA (Asociación Española de Sociología de la Cultura y de las Artes), el mismo Rodríguez Morató y Xan Bouzadas, que han dirigido sus investigaciones hacia el estudio de las políticas culturales. En los últimos congresos españoles de sociología, la literatura ha estado casi ausente de los grupos de trabajo de sociología de la cultura y de las artes. Podemos, sin embargo, mencionar una reunión reciente, *Reflexiones sobre sociología y literatura: paisajes y retratos de la realidad social*, que se llevó a cabo durante el mes de marzo de 2006 en el Instituto de Estudios Sociales Avanzados de Andalucía (IESAA-CSIC), con la participación de sociólogos como José María González García y José Enrique Rodríguez Ibáñez y de escritores como Isaac Rosa, y cuyas actas serán objeto de una próxima publicación.

A pesar de que todo esto parece, desde un primer acercamiento, heterogéneo y deslavazado, sí parece posible diferenciar dos aproximaciones. Para ejemplificarlo, tomaremos dos obra representativas que encarnan tendencias opuestas: por un lado, *La máquina burocrática* de José María González García y, por otro, el citado estudio de Arturo Rodríguez Morató *La problemática profesional de los escritores y traductores*.

Ya en la introducción de *La máquina burocrática*, González García explicitaba que «la metodología de este libro no coincide con la sociología de la literatura. Igual podía llamarse «sociología de la literatura» que «literatura de la sociología» (González García, 1989: 13). Lo que esto significa es que, frente a la aproximación que, desde una concepción más marcadamente sociologista, trata de *explicar* la literatura a partir de sus raíces sociales, adoptando así una posición de «superioridad» epistemológica de la sociología que entiende la literatura únicamente como

*dato*, el libro pretende afirmar, de partida, una consideración más igualitaria de ambas: la literatura se toma como un interlocutor válido de la sociología. Así, la confrontación de Max Weber y Franz Kafka, a la búsqueda de analogías entre sus diferentes tratamientos del tema de la burocracia y entre las metáforas que aplican (la Máquina), sirve para iluminar al uno *desde* el otro. *La máquina burocrática* es así un libro que opta ante todo por el acercamiento textual entre las obras de ambos autores, y cuyo interés principal radica en una doble contribución a la teoría social: por un lado, una interpretación de ciertos aspectos de la teoría weberiana a partir de los elementos literarios que Weber introdujo en ella y que son afines a la obra de Kafka; por el otro, una reflexión más general sobre las «afinidades electivas» entre la sociología y la literatura, en defensa del establecimiento de un diálogo entre ambas formas de acercamiento a la realidad social.

*La problemática profesional de los escritores y traductores. Una visión sociológica* (Rodríguez Morató, 1997) es un libro completamente diferente. No encontramos en él la justificación de un programa teórico, ni una aproximación textual a lo que se escribe en España o en Cataluña: lo que Rodríguez Morató pretende es una descripción mucho más inmediata y práctica de las condiciones profesionales de los escritores y traductores catalanes. Y es que el estudio, realizado a partir del análisis empírico de datos recogidos a través de una encuesta postal, parte de una voluntad eminentemente práctica: dar a conocer a la Asociación Colegial de Escritores de Cataluña la situación objetiva de sus profesionales y efectuar algunas recomendaciones para su mejora. Así, la relación autor-editor, cuestión clave de la encuesta, centra el análisis de Rodríguez Morató, que describe las prácticas más usuales en el cumplimiento de los contratos y los principales problemas que encuentran los autores, así como las problemáticas específicas de cada una de las dos ocupaciones estudiadas (escritores y traductores). Si el libro de González García se centra ante todo en lo textual (las figuras y metáforas que comparten Weber y Kafka) y deja más de lado las condiciones sociales específicas del campo literario donde se produjeron esos textos, el estudio empírico de Rodríguez Morató atiende precisamente al mundo social concreto de los autores, y las relaciones económicas y de poder que se dan en él. Sin embargo, las obras, los textos, quedan ausentes de esta visión.

## 5. DOS CAMINOS EN LA SOCIOLOGÍA DE LA LITERATURA

A partir de la confrontación de estas dos obras, se nos muestra una alternativa o elección teórica que marcaría la encrucijada en la que se separan dos caminos o aproximaciones divergentes a la sociología de la literatura. Por un lado, tomar como objeto los propios libros, el «interior» de las obras —los personajes, los códigos literarios, las metáforas empleadas, los «cronotopos» (espacio-tiempos significativos) que decía Bajtin. Por otro lado, acercarse como objeto de estudio al proceso de producción de los libros, al «exterior» de la literatura: las lógicas de producción li-

teraria, la economía del libro, la situación de los escritores en la estructura social, la sociología de los críticos, los modos de consumo, recepción y de lectura históricas de determinadas obras o géneros... la primera aproximación es internalista (se dirige al «interior» de las obras). Lo que da por hecho es que hay ciertas obras que reflejan mejor el «espíritu de la época», en las que quedan plasmadas lógicas sociales centrales en un período concreto —suceda esa plasmación de forma más o menos inconsciente, aunque esta idea de inconsciencia nos lleva ya cerca del concepto marxiano de ideología, y por tanto hacia la sociología del conocimiento. Este punto de vista sustenta una cierta rama de la sociología de la literatura, ante todo la que viene de Lukács y Goldmann. Sin embargo, por muy materialista-marxista que esta perspectiva se pretenda, ha tendido a obviar el proceso social real de producción y consumo «material» de la literatura en una época dada. Lleva implícita una deriva idealista, que la aleja hasta cierto punto de la mirada más sociológica. Acercarse de forma más empírica a esos procesos, al historizarlos en lo concreto, también arroja luz sobre una sociedad dada: eso es lo que hace Bourdieu al tratar el surgimiento del campo literario francés a finales del XIX. Si el primer enfoque nos dirige hacia la sociología del conocimiento y la historia de las ideas, este otro nos dirige más bien hacia la historia social del arte y hacia una sociología empírica de los intelectuales (y aquí es donde Bourdieu se acerca, por ejemplo, a la sociología de las filosofías de Randall Collins).

La otra cuestión que aparece, al fijarnos en la alternativa entre el estudio histórico de los grandes escritores y el estudio más actual del campo literario sin considerar la «grandeza» de la producción literaria que enfrentamos, es el problema del valor y de la buena y mala literatura, la cuestión de si de la literatura reciente se puede o no hacer sociología, en la medida en que aún no sabemos si pasará o no al, digamos, «canon», pues parece que no podemos sacar grandes conclusiones a partir de obras que no sabemos si con el tiempo serán o no efectivamente representativas. Aquí hay un peligro: el acabar por considerar solamente válidas las grandes obras sancionadas por el paso del tiempo y por la «crítica» (recordemos con Bourdieu que la elaboración de un canon literario histórico es un proceso socialmente determinado, que remite tanto al pasado que es sancionado como al presente que lo sanciona<sup>19</sup>). Y es que se ha hecho un muy buen uso sociológico de la llamada «paraliteratura», donde se situarían, por ejemplo, tanto la utilización de los libros de maneras que hace Norbert Elias en *El proceso de civilización* (Elias, 1993) como el uso de sub-poesía romántica que hace Luhmann en *El amor como pasión*. Eso sí, aquí se está efectuando una pura utilización, una explotación de datos, lo que no produce un espacio de posible diálogo con la literatura.

---

<sup>19</sup> Una de las intuiciones de Escarpit, más allá de su apego sociográfico a lo descriptivo, le conduce al concepto de «traición creadora», para describir las re-lecturas que en un momento histórico dado se hacen de los escritores del pasado: «la sustitución de las intenciones originales del autor, vueltas ininteligibles, por nuevas intenciones supuestas, compatibles con las necesidades de un público nuevo» (Escarpit, 1971: 31).

Se delinea aquí un modelo doble del espacio donde se mueve la sociología de la literatura, un esquema que surge de una doble elección:

1. Por un lado, tendríamos una alternativa entre la aproximación «internalista» que, fijándose ante todo en las obras, viene desde la sociología del conocimiento y desde la historia de las ideas, con un punto de deriva hacia el idealismo, y la aproximación «externalista» que se acerca más bien a la historia social y que pretende un estudio empírico de las lógicas sociales de producción y consumo literarios.
2. Por otro lado, nos encontramos con la alternativa de tratar a la literatura como un puro objeto —como un dato, como un indicio—, lo que apuntaría hacia una cierta preeminencia o superioridad de la sociología sobre su objeto, o reconocerla como *sujeto* y, por tanto, como interlocutora en un proceso analítico-teórico más profundo, que se acercaría más al corazón de la teoría sociológica. En esta segunda posición se situaría la pretensión de Ramón Ramos al acercarse a la tragedia griega: lo que Ramos pretende es «encontrar en el material literario información sobre aspectos de la acción de relevancia analítica general y, por ello, actual. La literatura me parece relevante porque en sus ficciones exploratorias de mundos humanos posibles proporciona un riquísimo material sobre la acción. [...] En este caso, pues, la relevancia sociológica de la literatura radica en que proporciona material para la reflexión, permitiendo, más específicamente, observar, encarnados y actuados, esquemas prácticos que la tradición de la teoría social ha descartado o descuidado y que, sin embargo, una vez reconstruidos a partir de su representación literaria, son operativos para dar cuenta de esos mundos de acción que intuitivamente consideramos complejos y que, siendo socialmente relevantes, resultan analíticamente impenetrables en la actualidad» (Ramos, 1999: 214-215)

El cruce de ambas disyuntivas nos da un cuadro que representa gráficamente las posiciones típicas en la sociología de la literatura:

	<i>Literatura como dato social</i>	<i>Literatura como interlocutora legitimada</i>
<i>Internalismo (obras)</i>	Contenido de las obras literarias como «material empírico»	Diálogo entre teoría social y obra literaria
<i>Externalismo</i>	Análisis marcadamente económicos y de lógicas de producción editorial	Bourdieu y la teoría del campo literario

Las posiciones más comunes en la sociología de la literatura, parecería, serían el espacio superior derecho (teoría social en diálogo con obras literarias, donde se



situarían tanto J. M. González o Ramos como la tradición de Lukács y Goldmann —aunque ésta en menor medida, más desplazada hacia el lado izquierdo) y el inferior izquierdo, donde estaría, por ejemplo, el libro de Arturo R. Morató o los estudios de tipo más «económico» que describen las lógicas editoriales. Aquí incluiríamos también las diversas encuestas sobre «hábitos lectores» encargadas por ministerios o instituciones, como por ejemplo el *Barómetro sobre Hábitos de Lectura y Compra de Libros en España* que anualmente realiza la Federación de Gremios de Editores de España bajo el patrocinio del Ministerio de Cultura <sup>20</sup>.

Bourdieu, desde nuestro punto de vista, se halla situado más bien en el cuadrado inferior derecho: desarrolla una teoría social desde el externalismo, pero aceptando a la literatura como interlocutora: a esto es a lo que apunta Ramos cuando dice que «a veces, como por ejemplo en el caso del Bourdieu estudioso de Flaubert, hay un paso adicional: no sólo se construye el mapa social del campo literario sino que también se va a la busca de la sociología implícita en las obras literarias» (Ramos, 1999: 214). La dimensión reflexiva de auto-análisis que implica la perspectiva de Bourdieu, en su deriva hacia una sociología de la sociología, es, como ya hemos señalado, uno de los posibles desarrollos más interesantes.

Falta la posición internalista-empirista, que es la que correspondería a la pura utilización de la literatura como dato secundario que efectúan Elias o Luhmann, pero también a cierta sociología de corte postmoderno, cuando toma las obras literarias casi simplemente como excusa, como argumento <sup>21</sup>. Desde esta última perspectiva es donde se borra la cuestión de la buena o mala literatura, dado que *no se reconoce una especificidad de la literatura respecto de cualquier otro tipo de datos sociológicos*. Sin afirmar, por supuesto, que lo que hacen Luhmann o Elias sea mala sociología, creemos que no es eso lo que debería ser la sociología de la literatura.

La sociología de la literatura más fructuosa e interesante es, nos parece, aquella que acepta a la literatura como un *sujeto* paralelo y legítimo. Ambos caminos, el internalista y teórico, y el externalista y empírico, resultan aquí igual de válidos y necesarios, y de hecho, es en su complementariedad donde encontramos la posibilidad de una sociología de la literatura programáticamente definida: el estudio de las obras y su significación simbólica ha de combinarse con la aproximación empírica al campo literario donde se hace posible y donde se actualiza esa significación. En España, si bien el enfoque teórico y meta-teórico ha sido explotado,

<sup>20</sup> Se pueden consultar los resultados de esta encuesta desde el año 2000 en la página web de la Federación: <http://www.federacioneditores.org/SectorEdit/Documentos.asp>

<sup>21</sup> En su artículo «Two approaches in the sociology of literature», Terry Eagleton plantea una oposición, totalmente diferente a la nuestra, entre una justificación *realista* de la empresa de la sociología de la literatura —«la literatura está de hecho profundamente condicionada por el contexto social, y cualquier explicación que omita este hecho es automáticamente deficiente»— y una justificación *pragmática* —«la literatura está conformada por muchos tipos de factores y es legible desde muchos posibles contextos, pero acentuar sus determinantes sociales es útil y deseable desde un punto de vista político particular». Eagleton sitúa en el segundo polo a cierta crítica feminista y postmoderna, por contraposición al marxismo reelaborado pero, finalmente, realista que él defiende (Eagleton, 1988: 469).

como muestra la obra de González García y varios más entre los textos que hemos ido citando, no se ha seguido la vía empírica. Es necesario desarrollarla, y plantear la deseada compatibilidad de ambos enfoques. Así, la combinación de métodos textuales, que atiendan al contenido de las obras, y de métodos empíricos de investigación aplicada, que nos aproximen al entorno prismático del campo literario en que se producen y consumen las obras, parece resultar la opción necesaria y —si se quiere afrontar decididamente una verdadera sociología de la literatura española— ineludible.

Y es que, por poner algunos ejemplos, no nos hemos enfrentado aún con un análisis ambicioso —tomando como referencia el libro de Sapiro— acerca de cómo se reestructuró el campo literario en España tras la Guerra Civil (y cómo fue transformándose durante la dictadura), donde podamos situar novelas como *El Jarama* de Sánchez Ferlosio, *Volverás a Región* de Juan Benet o *Tiempo de silencio* de Martín Santos dentro del panorama narrativo de posguerra, por no hablar del premio Nadal, mediada la década de los cincuenta, que consiguiera Carmen Laforet con su novela *Nada*; qué transformación o reconstrucción del campo literario permitió recuperar, releer o apropiarse de la narrativa de preguerra o la de los autores exiliados; por qué se ha hablado de la «reconciliación de los lectores españoles» con la literatura nacional ante la aparición de las primeras obras de Eduardo Mendoza o Javier Marías; qué significó la polémica entre los poetas «de la experiencia» y la irrupción del culturalismo de los *novísimos* o qué legado reclamaba el movimiento poético de *La otra sentimentalidad*; qué es lo que hace que en España se escriba, edite y traduzca hoy una gran cantidad de poesía, en claro contraste con otros países europeos; cómo se configura la relación entre literatura española y la expansión del castellano... Hemos de concluir que aún no disponemos de un proyecto de sociología de la literatura española con el suficiente alcance teórico y voluntad empírica para dar cuenta de alguna de esas preguntas.

## 6. CONCLUSIÓN

Este es, pues, el momento en el que nos encontramos y el panorama que se nos pone por delante. La tarea es doble: impulsar, por un lado, la investigación más empírica, investigación que nos permita conocer un territorio que, por más que en ocasiones se considere ya explorado, plantea aún toda una serie de interrogantes específicamente sociológicos. Por otro, resulta preciso también potenciar el diálogo efectivo con la literatura y con los literatos, impulsando un proyecto común de indagación y reflexión. Sólo a partir de la combinación de ambas empresas estaremos en condiciones de construir una aproximación relevante y adecuada —desde y para la sociología— a la literatura española. Acontecimientos como la mencionada reunión del IESAA, en la que sociólogos y escritores entraron en diálogo, resultan experimentos interesantes a los que sería necesario dotar de mayor continuidad.

Y sin embargo, no puede evitar notarse cierta *agonía* general de la sociología de la literatura. En la VIII reunión del grupo de Sociología de las Artes de la Asociación Internacional de Sociología, llevada a cabo entre el 28 de marzo y el 1 de abril de 2007 en Lüneburg y Hamburgo (Alemania), no hay apenas comunicaciones que tomen la literatura como tema<sup>22</sup>. Este ocaso parece ir de la mano con cambios en el formato libro y en la literatura a los que resulta necesario acercarse. Y es que la idea, el valor y la posición social de la literatura se están alterando profundamente en la sociedad contemporánea. También Griswold se refiere en cierta manera a estas cuestiones cuando plantea como problema a desarrollar en la sociología de la literatura la cuestión de la especificidad de lo literario frente a otros «medios y formas culturales, especialmente en un contexto de globalización cultural» (Griswold, 1993: 465). Es evidente que la llamada «sociedad de la información», internet, la globalización, etc. cambian el sentido y la función de la literatura, planteando a la vez nuevos objetos y nuevas preguntas: ¿Es literatura un blog si lo escribe un autor consagrado como Félix de Azúa? ¿Qué ocurre con los debates sobre la digitalización de fondos de bibliotecas por parte de Google, qué *nuevas redes* se crean aquí (la Universidad Complutense y las bibliotecas catalanas han firmado recientemente un acuerdo al respecto con Google, mientras que parece que la Biblioteca Nacional piensa realizarlo en un proyecto europeo competidor del proyecto Google Books)? ¿Cómo afecta la creciente problematización de los derechos de autor al campo literario español? ¿Qué oportunidades y qué problemas surgen para la literatura española de la internacionalización y globalización cultural, y también qué límites específicos encuentra aquí la literatura frente a otros medios, industrias y campos culturales? Estos cambios, intensos y también convulsos, nos sitúan ante un panorama en plena metamorfosis que constituye un desafío tanto para la literatura como para su estudio sociológico. Acercarnos a él requiere de la mejor preparación posible y, ante todo, de una profunda reflexión previa en un sentido teórico, estratégico y programático. Una pequeña aportación a esta tarea es lo que hemos intentado realizar en este trabajo.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARMSTRONG, Nancy. 1987. *Desire and Domestic Fiction. A Political History of the Novel*, Nueva York, Oxford University Press.
- BECKER, Howard C. 1982. *Art Worlds*, Berkeley, University of California Press.
- BOURDIEU, Pierre. 1991. *La ontología política de Martin Heidegger*, Barcelona, Paidós.
- 1993. «Field of Power, Literary Field and Habitus», *The Field of Cultural Production: Essays On Art and Literature*, Columbia University Press, pp. 161-176.

<sup>22</sup> De más de 140 comunicaciones, solamente tres tratan de literatura. A mes de marzo de 2007, se podía consultar el programa completo en la página web del encuentro: <http://www.new-arts-frontiers.eu/>.

- 1995. *Las reglas del arte*, Barcelona, Anagrama.
- 2003. *El oficio de científico: ciencia de la ciencia y reflexividad*, Barcelona, Anagrama.
- COSER, Lewis (ed.). 1963. *Sociology through literature. An introductory reader*. N.J., Prentice Hall.
- ; KADUSHIN, Charles y POWELL, Walter. 1982. *Books. The Culture and Commerce of Publishing*. Nueva York, Basic Books.
- EAGLETON, Terry. 1988. «Two Approaches in Sociology of Literature», *Critical Inquiry* 14:3, primavera: 469-476
- ELIAS, Norbert. 1993. *El proceso de la civilización*, Madrid, FCE.
- ESCARPIT, Robert. 1971. *Sociología de la literatura*, Barcelona, Oikos-Tau.
- 1992. *Une interview de Robert Escarpit en 1992*, por Devéze, J. y Laulan, A. M., 13 pp., <http://www.cetec-info.org/jlmichel/Textes.Escarpit.92.html> [consultado por última vez el 25 de marzo de 2007]. También disponible en: *La lettre d'Inforcom*, núm. 43/1993 (primavera): 13-15; núm. 44/1993 (otoño): 15-18 y SFSIC (ed.). *Les Fondateurs de la SFSIC. Robert Escarpit*. Paris, SFSIC.
- FERGUSON, Priscilla P.; DESAN, Philippe y GRISWOLD, Wendy. 1989. *Literature and Social Practice*, University of Chicago Journals.
- GARCÍA ALONSO, Rafael. 1995. *Ensayos sobre literatura filosófica: Simmel, Musil, Rilke, Kraus, Benjamin y Roth*, Madrid, Siglo XXI de España Editores.
- GIL VILLEGAS, F. 1996. *Los Profetas y el Mesías. Lukács y Ortega como precursores de Heidegger en el zeitgeist de la modernidad*, México, FCE.
- GOLDMAN, Harvey. 1988. *Max Weber and Thomas Mann. Calling and the Shaping of the Self*, Berkeley, California University Press.
- 1992. *Politics, Death and the Devil. Self and Power in Max Weber and Thomas Mann*, Berkeley, California University Press.
- GOLDMANN, Lucien. 1967. *Para una sociología de la novela*, Madrid, Ciencia Nueva.
- GONZÁLEZ GARCÍA, José María. 1989. *La Máquina Burocrática. Afinidades electivas entre Max Weber y Kafka*, Madrid, Visor/La Balsa de la Medusa.
- 1992. *Las huellas de fausto. La herencia de Goethe en la sociología de Max Weber*, Madrid, Tecnos.
- GRISWOLD, Wendy. 1993. «Recent Moves in Sociology of Literature», *Annual Review of Sociology*, 19: 455-467.
- JULES-ROSETTE, Bennetta. 1998. *Black Paris. The African Writers' Landscape*, Chicago, University of Illinois Press.
- LAURENSEN, Diana T. y SWINGWOOD, A. 1971. *The Sociology of Literature*, Londres, MacGibbon & Kee.
- LEPENIES, Wolf. 2000. *Las tres culturas: la sociología entre la literatura y la ciencia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- LOWENTHAL, Leo. 1987. «Sociology of Literature in Retrospect», *Critical Inquiry*, 14:1, otoño: 1-15.
- LUHMANN, Niklas. 1985. *El amor como pasión*, Barcelona, Península.
- LUKÁCS, Georg. 1999/1920. *Teoría de la novela*, Barcelona, Círculo de Lectores/Opera Mundi.
- MARAVALL, José A. 1948. *El humanismo de las armas en Don Quijote*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- 1964. *El mundo social de La Celestina*, Madrid, Gredos.
- 1972. *Teatro y literatura en la sociedad barroca*, Madrid, Seminarios y ediciones.
- 1986. *La novela picaresca desde la historia social*, Madrid, Taurus.
- MARTÍNEZ SAHUQUILLO, Irene. 2001. *La Revuelta contra la Civilización. D. H. Lawrence y el Romanticismo Antimoderno*, Madrid, CIS/Siglo XXI.
- MILNER, Andrew. 1996. *Literature, Culture and Society*, Nueva York University Press.
- MORÁN, Fernando. 1971. *Novela y semidesarrollo*, Madrid, Taurus.

- OLLERO, Carlos. 1983. *La política como realidad, realidad como literatura*, Madrid, CIS.
- ORTEGA Y GASSET, José. 1963 /1914. *Meditaciones del Quijote. Ideas sobre la novela*, Madrid, Espasa-Calpe.
- POSADA, Adolfo. 1909. *Autores y libros*, Valencia, F. Sempere.
- RAMOS, Ramón. 1999. «Homo Tragicus», *Política y Sociedad* 30, enero-abril: 213-241.
- RIBES, Alberto. 2007. *Paisajes del Siglo XX. Sociología y literatura en Francisco Ayala*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- RODRÍGUEZ MORATÓ, Arturo. 1997. *La problemática profesional de los escritores y traductores. Una visión sociológica*, Barcelona, ACEC.
- ROGERS, Mary F. 1991. *Novels, Novelists and Readers. Toward a Phenomenological Sociology of Literature*, NY, State University of New York Press.
- SAPIRO, Gisèle. 1999. *La Guerre des Écrivains. 1940-1953*, París, Fayard.
- SHUTERLAND, J. A. 1976. *Victorian Novelists and Publishers*, University of Chicago Press.
- TIERNO GALVÁN, Enrique. 1961. *Desde el espectáculo a la trivialización*, Madrid, Taurus.
- 1974. *Sobre la novela picaresca y otros escritos*, Madrid, Tecnos.
- 1977. *Idealismo y pragmatismo en el siglo XIX español*, Madrid, Tecnos.
- WILLIAMS, Raymond. 1983. *Writing in Society*, Londres, Verso.
- ZOLBERG, V. L. 2002. *Sociología de las artes*, Madrid, Fundación Autor/SGAE.